

Saber y vocación

*Alfredo Moguel Cámara**

Un día se dio cuenta que no sabía
cómo se llamaba: lo decidió y se
puso María. Y desde entonces es
María.

Es a partir de la pregunta *¿qué voy a hacer?* cuando surge en el sujeto la posibilidad de elegir un determinado camino por el cual transitar a lo largo de su vida sosteniendo el *título* de su elección: doctor, político, zapatero, bueno para nada, etcétera. El cuestionamiento es a partir de preguntarnos qué es lo que queremos ser o hacer y de cómo se puede producir satisfacciones, frustraciones, culpas, gustos, etcétera, y la pregunta puede plantearse desde varios lugares: cuándo, cómo, desde donde y para qué o para quién es que nos llegamos a hacer dicho cuestionamiento. De inmediato nos percatamos de las relaciones existentes entre esa pregunta -¿qué voy a hacer?- existencial-vocacional y el medio político-cultural de la persona de quien se trate; ya que por parte de esa otra sociedad hay una "demanda" de lugares a ser ocupados por los sujetos vocacionales. Las diversas "demandas" surgidas de ese entorno regularán, como es obvio, la entrada-salida, el triunfo-fracaso, del tránsito

* Profesor de psicología en la UAM-X y pedagogía y arte dramático en la UNAM. Maestro en psicología clínica.

del "sujeto vocacional" en el campo del "saber-hacer". Volvamos al problema en la premisa misma; es decir: cuándo, cómo, desde dónde y para qué es que un individuo se enfrenta y resuelve, de "alguna manera", el dilema del "qué ser" o a qué dedicar su vida.

Cuándo.

¿Desde cuándo queremos ser? ¿desde cuándo hacemos algo con motivo o por vocación? ¿desde cuándo está en el sujeto ese "anhelo" de querer ser, o de alcanzar algo? ¿desde cuándo quiere apoderarse de ese "algo" al que siente "afuera" y adivina que lo necesita desesperadamente? Su "Ser" -se juega en ello, eso dice. ¿Desde cuándo? pues desde siempre. Desde antes de nacer él como sujeto ya está "esperándolo" ese "otro" -sociedad-estado-economía-educación-cultura-, esperándolo, sí, como se espera a un consumidor reproductor, ya que devendrá el sujeto en cuestión, solamente si atraviesa (y hay que hacerlo) en calidad de objeto de otro, ese laberinto al que hemos dado el nombre de infancia. Laberinto que se inicia al construir-atravesar antes del primer día y que se termina de recorrer hasta después del último. Se inicia conjuntamente con la infancia y con la educación, confirmación-transformación que implica la relación con la madre, la familia, la ley, la escuela, el estado, el otro. Es inútil tratar (aunque se hace) de ubicar el momento de la pregunta y de la elección de quién voy a ser o que voy a hacer, es algo que precede al nacer mismo, y que nos "acompaña" eternamente para nuestro bien o nuestro pesar. El sujeto al tener esa doble posibilidad presencia-ausencia, hijo sujeto, objeto-yo; "ser o no ser" que, he ahí el dilema de eterno. Directriz de ese sujeto llamado Hamlet, que su autor nos presenta en un momento clave determinante de su *deseo*. porque de eso se trata, de un deseo, de un deseo de ser o estar, o de hacer y es en esa pregunta vocacional, de vocación-evocación-equivocación que se juega la vida de Hamlet y de todo sujeto del deseo de saber.

Pero ¿porqué Hamlet duda? ¿por qué dice no saber? ¿de qué saber se trata? De un saber que está en él o en Gertrudis su madre o en Claudio su tío, o en la sombra de su padre o en la ingenua y angustiada Ofelia. No, no. Ese saber que lo impulsa y paraliza a la vez no es él (aunque si está en él) es del otro, de la cultura, del *status*

quo. Es un saber que se ha ido entretejiendo en el interior del príncipe Hamlet desde antes de su nacimiento, más aún, antes del nacimiento del Rey Hamlet y la reina Gertrudis, esos a los que llama padres. Es un saber-no saber que es la fuente central de todo sujeto del *deseo*, que es su misma médula, su piel, sus sentidos, sus anhelos, su destino que conoce y desconoce a la vez. Un saber que exige, arremete, empuja al sujeto, arrebatando siempre hacia una meta determinada, dudosa, sombría, y que cada uno de nosotros debe de ir desentrañando, construyendo y reconstruyendo en el transcurrir por la vida. No es un momento, no es un estadio, no es una edad o una etapa, es una brecha insalvable, incurable (¿quién quiere curarla?) irrellenable y afortunadamente, inagotable. Y sólo así es como se puede saber, saber que se sabe desde siempre, pero que no sabemos que lo sabemos. No digamos entonces, que se trata de un conflicto que se presenta en eso que llamamos adolescencia, o en "El" momento de la elección y que les sucede a los indecisos, a los desviados de su meta, a los deslumbrados, a los desorientados a los *Hamlet*. No, porque nos sucede a todos, y nos sucede siempre, ya que como decíamos, es la fuente de nuestro deseo de saber. Esa duda, esa pregunta "qué voy a Ser", "quién Soy", nos acompaña siempre y es la infraestructura (ya que de estructuralismos se trata) de todo saber humano: no hay nada que no haya comenzado a partir de una *duda*.

Cómo.

¿Cómo es que sabemos pero no sabemos? Es a través de esa lucha diaria con el saber, con esa hambre de saber qué tenemos, de lo que cocinamos para comer, lo que nos comemos, lo que digerimos y lo que expulsamos. La escuela entra aquí, para enseñarnos lo que es comestible y lo que no es, lo permitido, las cantidades, dónde comprarlo y hasta nos dice lo que puede intoxicarnos. Pero la escuela nos enseña cómo prepararlo, cocinarlo y hasta cómo servirlo. Pero no nos dice de nuestro apetito, lo da por hecho; da por hecho nuestro querer comer y nos ofrece el menú, y aprendemos a cocinar, a repetir, a reelaborar los platillos hechos por otros, los gustos de otros y, a pesar de todo, no alcanza, no satisface ni al más glotón. Aunque el saber está en todos, se manifiesta en cada uno

de nosotros de manera diferenciada -es por eso que somos uno- y cada quien debe construir su propio cocinar, debe saber cómo saber su propio saber y no conseguir la receta del otro que sabe cocinar, ése que llamamos *Sujeto supuesto saber*; ése que sabe todas las recetas, nos las "receta" y nosotros las tragamos. Deviene la anorexia, la glotonería, la gula, el ayuno, queremos comernos a ése que sí sabe de que se trata y conoce como se prepara, el que tiene receta, la verdad. En esta edad del cientificismo, de las recetas científicas, de lo medible, de lo cuantificable, de lo verificable y reproducible en cualquier laboratorio cocina, -si es que sigue la receta indicada-, es que aparece un saber acaparado por lo científico, sólo valorado si es susceptible de comprobación y repetición. Pero quién quiere repetir, o repetir para quién. El sujeto sabe, por lo tanto debe asumir su saber -no repetir- su saber que le es propio y no de ese otro que decimos que sabe, ya sea científico, mago, genio o con mucha "experiencia". Ese otro no podrá calmar el hambre de saber del sujeto del aprendizaje, ya que lo único que le podrá pasar si se conforma con mirar el saber del sujeto supuesto sabio, es el quedarse como el perro de las dos tortas, querrá poseer el saber del otro y sólo conseguirá perder lo propio. Experiencia, al parecer, fundamental de todo sujeto del saber, necesita perder su propio saber, atrapado en la ilusión del saber en otro, para quedarse con nada, esa nada que lo remite a la experiencia de la pérdida y le deja la permanencia del hambre. Y desde esta "pérdida" podrá reconocer que lo supuestamente perdido es lo suyo y lo del otro es sólo ilusión. Frustrante la experiencia pero necesaria. Necesaria en el sentido de que el sujeto una vez vencida-atravesada la sorpresa, la frustración, el desengaño, sabrá de su propia ilusión de su propia saber, de su propia hambre podrá recuperarla-reconstruirla y reconocerá el engaño del supuesto saber del otro.

Dónde.

El saber aparece donde sea, en cualquier lugar en todas partes, es omnipresente. Desde siempre y para siempre es esa búsqueda insaciable del sujeto del saber, desde siempre al saber se le ha personificado en diferentes cuerpos, instituciones: escuelas, universidades, sectas, religiones, etcétera. Siempre se le ha vestido de institución,

se le ha regulado, administrado, valorado, calificado, suprimido, ocultado, en una palabra, se le ha fetichizado, se le ha hecho mercancía. Hay mercaderes del saber, el sujeto, el sujeto del saber, se dirige como mosca a esas mesadas de supuesto saber. En todos lados, omnipresente decíamos, ya que el sujeto transita deseante de saber en el entorno del *deseo-saber*. Se es lo que es por lo que se sabe y por lo que se deja de saber, por lo que se entrega como tributo de saber a otros, lo que se deja en sus manos. No hay más saber que el propio, el que hemos incorporado, ésto desde nuestro lugar de sujeto. ¿Pero dónde se encuentra el saber propio? ¿cómo se llega a él? ¿cómo se le consigue? pues en uno mismo, en eso que llamamos "uno", que ilusoriamente llamamos "Yo"; puesto que como decíamos, somos lo que sabemos y lo que dejamos de saber: Hamlet y su dilema. Ahí en el dilema, en es dilema de saber o no saber, que es el sujeto mismo, su equipaje, su caminar, su viaje, su lenguaje, su gramática, su vida, su estructura; dilema por que está construido de deseos-saberes de otros, que desea tener, hacer suyos, ahí es donde se juega e irrumpe el sujeto del *deseo de saber*. Ahí, en ese lugar de lucha entre el "Saber o no saber" que es su esencia misma, su verdad, su destino, el de él.

El *saber* tiene apariencia de mercancía y de estar "afuera", de podersele comprar, poseer, y no, al saber tan sólo se le puede saber, más no comprarlo, ni venderlo, ni calificarlo, ni valorarlo, lo cual no quiere decir que eso sea precisamente lo que se pretende hacer con él; pero hay algo que sí se puede hacer con él y es compartirlo, intercambiarlo, conocerlo, saberlo, en una palabra disfrutarlo.

Es en la construcción-reconstrucción del saber de sujeto, donde se juega esa relación fusionante, prácticamente eterna del *sujeto*, el *deseo* y el *saber*. Relación que es la del sujeto mismo, ya que hay que ir "más allá" del saber del *Sujeto supuesto saber*, más allá de la Universidad, de la escuela, de la cultura y de su malestar, malestar que es resultado del uso del *saber* como mercancía. El saber no es responder, es siempre preguntar, ya que si se nos dan respuestas, se nos estará diciendo quién y cómo ser, esa es la Visión del Saber del otro, y es mortífera, es aniquilante para el saber del sujeto. Es preguntas, decíamos, preguntas constantes, cambiante, creativas, recreativas; preguntas que abren puertas, que permiten miradas, que replantean problemas y que contemplan la vida y la muerte. Preguntas que nos hacen partícipes del entorno, del fenómeno y

que nos dan la oportunidad de actuar en él. No, no son respuestas que estacionan, que dicen la *verdad*, la verdad de lo que somos y de lo que hacemos, no, porque esas respuestas encierran, detienen y nos esclavizan a nuestras propias certidumbres. Si lo que transmitimos son tan sólo respuestas, lo que estamos enseñándole al niño es a conformar, a repetir, a decir que el saber está en el otro, en el *Sujeto supuesto saber*; lo estaremos "educando" a decir que el saber no es suyo, que es de otro y por lo tanto que ese otro es el que sabe quién es él, qué es lo que quiere y qué es lo que debe *ser-hacer*. En otras palabras: estaremos enmudeciéndolo, ensordeciéndolo de su propia voz, de su deseo de saber aquello que le es propio, por ser un ente deseante de saber y aunque a veces lo aterre, es su destino.

Para qué.

La otra pregunta para qué, es casi igual a decir ¿para quién? es decir, para quién se que sabemos, ¿para qué es que educamos o nos educan? ¿qué perseguimos? o quién nos está persiguiendo con la consigna de ¡aprende! ¡edúcate! ¡preparate! ¡sé un hombre de bien! etcétera. La respuesta salta a la vista, es para el *status quo*, para la cultura, para el sistema, para "el Otro", para que éste se reproduzca, para eso es que nos "formamos" y "uniformamos" en las filas de la educación, no es para el saber, no es para el deseo de saber de cada uno de nosotros, No... es para el Otro, la escuela, el colegio, la Universidad. Toda institución educativa es una institución del y para el Otro, ya que su instrumento de dominación es la educación, su representante el maestro y el alumno su mercancía, su producto. Pero ¿cuál es la opción, si es que la hay? Pues si la hay, es la autoformación, la autoeducación; devenir autodidactas bajo la dirección del deseo propio, de saber desde el principio deseo de saber. Pero ¿cómo hacer ésto, aumentando las escuelas, los maestros, las universidades, la cultura? No, no es para tanto, de lo que se trata es de que esos lugares, esos espacios que hemos creado se percaten de la existencia del *Sujeto supuesto saber*, lo reconozcan, lo asuman, lo desenmascaren de esa faz de supuesto progreso y al mismo tiempo devendrá el sujeto amante del saber, de su saber, Pero, ¿cómo lograr ésto sin devenir autoritario, sin ser despóticos con el alma del alumno? pues desenmascarando a la tiranía de la

composición de un saber opresor, sojuzgado, uniformador, oficial; procurando en el aula -ese lugar de reunión de deseos- que el deseo de saber se manifieste, que tenga la oportunidad de aparecer en escena, procurar que el sujeto transforme su angustia, su miedo de saber quién es, donde está, que va a hacer, etcétera, lo transforme en saber, se enamore del saber; que se dé cuenta que en él existe ese espacio, esa falta, ese "más allá" a ser develado, conocido, comunicado y que él es agente y sujeto de saber, que el saber está en él, es él y puede llegar a conocerlo, traerlo y sobre todas las cosas a compartirlo. Ya que ese saber, propiamente dicho, del que hablamos no es nadie, no le pertenece al sujeto, a la institución, a un pueblo o a una época, es de todos y de cada uno de nosotros, es nuestro, es lo que nos une, lo que nos hace convivir, ser, hacer, vivir y morir, es lo que nos da los medios, las formas, es lo que conforma esto que llamamos *realidad*; puesto que esta realidad es tan sólo saberes, saberes sostenidos y reproducidos desde y para siempre. La realidad no tiene nada de natural, ni de objetiva, es siempre un saber o conjunto de saberes impuesto por unos sobre otros, para su producción-reproducción y para la obtención de un cierto *plus* a ser devengado por el *Otro*. No se trata entonces de imponer-enseñar, se trata de saber, de enamorarse del saber, de saber que es de todos y de cada uno al mismo tiempo y viceversa.

Recordemos la frase de Freud con respecto a la psicología, en donde nos dice "psicología social es al mismo tiempo psicología individual y viceversa", frase muchas veces incomprendida, reprimida, negada, suprimida, pero al fin y al cabo válida y vigente. Podemos transportarla al ámbito del *deseo de saber* y parafraseando, decir que: "El saber universal es al mismo tiempo saber individual y viceversa". El *saber* es de todos, ya que nuestro destino -es el de todos- se juega con él.

Hamlet atrevete, ve más allá del fantasma de tus antepasados, atraviésalos, sábetete, mírate, reconoce tu carencia, tu falta en ser, enamórate de ella, conócela, vívela, sábelo, compártela y tu destino será tuyo, nuestro, de todos, para todos, con todos, y lo será para siempre.